



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 14 de febrero de 2001

La "recapitulación" de todas las cosas en Cristo

1. El plan salvífico de Dios, "el misterio de su voluntad" (*Ef 1, 9*) con respecto a toda criatura, se expresa en la carta a los Efesios con un término característico: "recapitular" en Cristo todas las cosas, las del cielo y las de la tierra (cf. *Ef 1, 10*). La imagen podría remitir también al asta en torno a la cual se envolvía el rollo de pergamino o de papiro del *volumen*, en el que se hallaba un escrito: Cristo confiere un sentido unitario a todas las sílabas, las palabras y las obras de la creación y de la historia.

El primero que captó y desarrolló de modo admirable este tema de la "recapitulación" fue san Ireneo, obispo de Lyon, gran Padre de la Iglesia del siglo II. Contra cualquier fragmentación de la historia de la salvación, contra cualquier separación entre la Alianza antigua y la nueva, contra cualquier dispersión de la revelación y de la acción divina, san Ireneo exalta al único Señor, Jesucristo, que en la Encarnación une en sí mismo toda la historia de la salvación, a la humanidad y a la creación entera: "Él, como rey eterno, recapitula en sí todas las cosas" (*Adversus haereses III, 21, 9*).

2. Escuchemos un pasaje en el que este Padre de la Iglesia comenta las palabras del Apóstol que se refieren precisamente a la recapitulación en Cristo de todas las cosas. En la expresión "todas las cosas" —afirma san Ireneo— queda comprendido también el hombre, tocado por el misterio de la Encarnación, por el que el Hijo de Dios "de invisible se hizo visible, de incomprendible comprensible, de impasible pasible, y de Verbo hombre. Él ha recapitulado en sí todas las cosas para que el Verbo de Dios, como tiene la preeminencia sobre los seres supracelestes, espirituales e invisibles, del mismo modo la tenga sobre los seres visibles y corporales; y para que,

asumiendo en sí esta preeminencia y poniéndose como cabeza de la Iglesia, pueda atraer a sí todas las cosas" (*ib.*, III, 16, 6). Este confluir de todo el ser en Cristo, centro del tiempo y del espacio, se realiza progresivamente en la historia superando los obstáculos y las resistencias del pecado y del maligno.

3. Para ilustrar esta tensión, san Ireneo recurre a la oposición, que ya presenta san Pablo, entre Cristo y Adán (cf. *Rm* 5, 12-21): Cristo es el nuevo Adán, es decir, el Primogénito de la humanidad fiel que acoge con amor y obediencia el plan de redención que Dios ha trazado como alma y meta de la historia. Así pues, Cristo debe eliminar la obra de devastación, las horribles idolatrías, las violencias y todo pecado que el rebelde Adán diseminó en la historia secular de la humanidad y en el horizonte de la creación. Con su plena obediencia al Padre, Cristo inaugura la era de paz con Dios y entre los hombres, reconciliando en sí a la humanidad dispersa (cf. *Ef* 2, 16). Él "recapitula" en sí a Adán, en el que toda la humanidad se reconoce, lo transfigura en hijo de Dios y lo vuelve a llevar a la comunión plena con el Padre. Precisamente a través de su fraternidad con nosotros en la carne y en la sangre, en la vida y en la muerte, Cristo se convierte en "la cabeza" de la humanidad salvada. Escribe también san Ireneo: "Cristo recapituló en sí toda la sangre derramada por todos los justos y por todos los profetas que existieron desde el inicio" (*Adversus haereses* V, 14, 1; cf. V, 14, 2).

4. El bien y el mal, por consiguiente, se consideran a la luz de la obra redentora de Cristo. Como insinúa san Pablo, la redención de Cristo afecta a la creación entera, en la variedad de sus componentes (cf. *Rm* 8, 18-30). En efecto, la naturaleza misma, sujeta al sinsentido, a la degradación y a la devastación provocada por el pecado, participa así en la alegría de la liberación realizada por Cristo en el Espíritu Santo.

Así pues, se delinea la realización plena del proyecto original del Creador: una creación en la que Dios y el hombre, el hombre y la mujer, la humanidad y la naturaleza estén en armonía, en diálogo y en comunión. Este proyecto, alterado por el pecado, lo restablece de modo admirable Cristo, que lo está realizando de forma misteriosa pero eficaz en la realidad presente, a la espera de llevarlo a pleno cumplimiento. Jesús mismo declaró que él era el fulcro y el punto de convergencia de este plan de salvación, cuando afirmó: "Cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (*Jn* 12, 32). Y el evangelista san Juan presenta esta obra precisamente como una especie de recapitulación, un "reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (*Jn* 11, 52).

5. Esta obra llegará a su plenitud al concluir la historia, cuando, como recuerda san Pablo, "Dios será todo en todos" (*1 Co* 15, 28).

La última página del Apocalipsis, que se ha proclamado al inicio de nuestro encuentro, describe con vivos colores esta meta. La Iglesia y el Espíritu esperan e invocan ese momento en el que Cristo "entregará a Dios Padre el reino, después de haber destruido todo principado, dominación

y potestad. (...) El último enemigo en ser destruido será la muerte. Porque ha sometido todas las cosas bajo los pies" de su Hijo (1 Co 15, 24-27).

Al final de esta batalla, cantada en páginas admirables por el Apocalipsis, Cristo llevará a cabo la "recapitulación" y los que estén unidos a él formarán la comunidad de los redimidos, que "ya no será herida por el pecado, por las manchas, el amor propio, que destruyen o hieren a la comunidad terrena de los hombres. La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua" (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1045).

La Iglesia, esposa enamorada del Cordero, con la mirada puesta en aquel día de luz, eleva la invocación ferviente: "Marana tha" (1 Co 16, 22), "¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 20).

Saludos

Saludo a los peregrinos de lengua española presentes hoy en esta audiencia, en especial a los fieles de las parroquias de Nuestra Señora de la Paz y de Santiago Apóstol, de Villena, y de Santa Catalina, de Caudete, así como al grupo de peregrinos mexicanos y de jóvenes chilenos. A todos os animo a hacer de esta peregrinación a Roma un momento privilegiado para el crecimiento de vuestra fe en Cristo, nuestro Salvador. Muchas gracias por vuestra atención.

(En checo)

La Iglesia en Europa festeja hoy a sus copatronos san Cirilo y san Metodio. Ojalá os sirvan de guía para la instauración de una "civilización del amor", que debe nacer de la conversión personal, es decir, del corazón de cada cristiano.

(En esloveno)

Ojalá que estos dos hermanos de Salónica y el beato Anton Martin Slomsek os guíen a vosotros, a vuestras familias y a la querida nación eslovena hacia la patria eterna: "en el paraíso estoy en casa".

(A los obispos amigos del movimiento de los Focolares)

Os manifiesto mi aprecio por vuestro esfuerzo de favorecer el crecimiento de la comunión en el seno de las Conferencias episcopales y en las comunidades diocesanas, y de animar un diálogo fecundo con el vasto mundo de las otras religiones. Al tiempo que deseo éxito a vuestro encuentro fraterno, ruego al Señor y a la Madre de la unidad que os sostengan en vuestro ministerio pastoral de cada día.

Os saludo por último a vosotros, queridos *jóvenes*, *enfermos* y *recién casados*. Hoy celebramos la fiesta de san Cirilo y san Metodio, apóstoles y primeros heraldos de la fe entre los pueblos

eslavos. Que su testimonio os ayude, queridos *jóvenes*, a seguir con generosidad al Salvador del mundo; os sirva de ánimo a vosotros, queridos *enfermos*, para unir vuestros sufrimientos a la cruz de Cristo; os sirva de ejemplo a vosotros, queridos *recién casados*, para poner el Evangelio como regla fundamental de vuestra vida familiar.